III

EN PRIMERAS LETRAS

También el corazón aprende á leer, como cualquier chiquillo, y el mío no escapó á la regla general.

Aún lo tenía yo muy inculto, no conocía las letras; pero deseaba ser sabio, leer de corrido, cual si no le valiera más conservarse de eterno ignorante.

A su maestra de instrucción primaria, la conocí en Nueva York, abordo del vapor "Newport". Fuímos á despedir á una señorita que partía para la Habana, y allí, en la cubierta del barco, me presentaron á ella. Era hija de un caudillo de la insurrección de Cuba, habanera de nacimiento y celestialmente bella. Creo que no le dirigí ninguna galantería — cuando admiro ó cuando amo

soy mudo — mas, en cambio, no le quitaba la vista; la miré mucho, muchísimo, sin saciarme y sin segunda intención; encantado; creyendo que una criatura así no podía ser la novia ni la esposa de nadie sino la adoración de todo el mundo. Y al separarnos en medio del muelle, lleno de ruídos mercaderes y de despedidas á los viajeros, le dí la mano con respetuosa timidez, como si me hubieran obligado á dársela, allá de muy niño, á la imagen de la Virgen á quien ofrecí flores en la parroquia de mi barrio...

Después, nada; me quedó una dulce impresión del encuentro; un deseo casto y vago de repetirlo; una delicia interna que me hacía mucho bien. Cuando menos lo pensaba, á la mitad de una calle ó á la mitad de una conversación, su imagen me visitaba de nuevo, unos cuantos minutos, como á bordo del "Newport" y volvían mis actos y mis pensamientos á seguir su camino. Durante varios días no la ví más, y aunque no la olvidé, la prosa diaria de la vida — con la que siempre me he nutrido á disgusto — principió á desvanecerme sus contornos, á alejarla de mi memoria; la coloqué al lado de los recuerdos sonrosados y allí se acomodó, entre las horas puras de mi infancia y el dejo amante de las caricias de mi madre.

Me aseguraron que se llamaba Luisa y me resistí á creerlo; me era más grato llamarla mi dicha.

Amigo yo de otra familia cubana, en cierta ocasión me la encontré de visita en casa de ésta, acompañada de su madre y de su hermano. Ofreciéronme la casa de ellos y, mientras duró la visita, la contemplé sin cesar al través de un espejo; no me atrevía á mirarla frente á frente!

Procuré que mi hermana la tratara, simpatizaron, y así multipliqué las ocasiones de hallarme cerca de ella. Y por cierto que debía yo de hacer un papel bien desairado, hablando apenas, encogido y tembloroso. A solas, me reñía á mí mismo con dureza; la cortedad no conduce á ningún cobertizo; siendo muchacho debía ser arrojado ¿acaso no lo era yo con las otras mujeres, las de la calle, las que incendiaban mi pubertad con su mirar canalla y sus modales provocativos? Todo inútil; si ella me hablaba, su voz musical me sonaba á armonías sagradas; y si me miraba, entonces sentía yo fenómenos extraños, que en vez de asustarme, me hacían pensar en cosas que ahora, á los tantos años, todavía me parecen muy serias.

Ella, mujer al fin, se dió cuenta exacta del

efecto que me producía, con lo que dicho queda que procuró aumentármelo, volverme el juicio; y nó por maldad, sino por ley fatal de su sexo, que necesita para vivir, de la lisonja, de la adoración y de los sufrimientos del hombre.

Su madre no se preocupó mayormente del idilio. Sonreía con benevolencia de mi turbación y de mis congojas cuando me daban bromas con su hija, sin atribuirles importancia, creyéndolas "niñerías" y aún me dijo alguna vez:

— No les haga usted caso á estas muchachas, ríase con ellas y visítenos siempre que quiera.

¡Cómo le agradecí su invitación y con qué afán comencé mis visitas! No eran muchas, nó, ni con mucha frecuencia; pero, en cambio, las valorizaba en sus detalles más nimios, en sus minutos más inofensivos; soñaba yo mil cosas, allí, al lado de ella, la veía reír, conversar, discurrir por las habitaciones, lidiar con sus hermanos menores y, muy de cuando en cuando, mirarme á mí, así, como suena, y luego sonreirse cual si le inspirara lástima mi religioso mutismo. Generalmente iba yo á visitarla dos veces por semana, á la tarde, y para llegar más pronto, tomaba el ferrocarril elevado, hasta la calle 42, y aún tenía que caminar á pie seis ó siete cuadras. Su casa

estaba en la calle 45, entre la avenida 7ª y la 8ª; era un tercer piso, en uno de esos inmensos edificios tan abundantes en las ciudades norteamericanas, que albergan diversas familias sin que se note la menor promiscuidad, ni ruído de voces, ni charla de vecinos. El ingreso, un largo corredor alfombrado y con lámparas de gas pendientes del techo, tiene á ambos lados, puertas de cristales que dan entrada á las viviendas; las escaleras, limpias, de caracol; y en cada meseta, los llamadores nikelados y el nombre del inquilino. Son casas que convidan á instalarse en ellas; adivínanse una tranquilidad y una independencia absolutas, y hasta ese no sé qué de templo protestante en ejercicio que predomina en todo lo de los países sajones, aquí impone y seduce. Allá por excepción, al subir las escaleras, se escucha un piano, un arpegio fugaz que acaricia el oído y orea la frente ó se tiene una sorpresa, una mujer blanca, rubia, que nos acaricia la ropa con la suya y nos orea el espíritu con sus ojos; unos ojos azules, expresivos, que acaso no volveremos á encontrarnos nunca...

Ya en la sala, me recibía la familia toda; la madre, los demás chicos. Sentábase ella á mi lado ó á distancia, y cualquier cosa le servía de pretexto

para no hacerme caso, lo mismo una labor de manos que un periódico ilustrado, lo mismo los sucesos de la calle que las molduras del techo ó las pillerías de la gente menuda. Sufría yo horriblemente con su despego; aventuraba alguna indirecta alusiva; en cierta ocasión, y el pobre me lo perdone, hasta me equiparé á Gustavo Adolfo Becquer. Excusado sería decir mi entusiasmo por la independencia de Cuba, mis deseos de que triunfara una causa que si siempre me ha sido simpática, entonces me parecía adorable, caballeresca, necesaria. El padre de Luisa mandaba á su familia poquísimas cartas y aun éstas eran lacónicas, escritas apresuradamente, traicionándose el cariño por los suyos y las esperanzas de triunfar en su empresa. Llegaban las misivas plegadas en mil dobleces, dentro del forro del saco de algún insurrecto decidido; y como yo echaba pestes contra España, como en México se había refugiado tanto cubano, como era yo amigo de la casa, entré á formar parte de los iniciados y me enteraron de secretos, planes é ilusiones.

¡Qué hermoso resultaba el cuadro! Licenciábase á los muchachos, se les autorizaba á ir á jugar al parque vecino; cerrábanse las puertas de la sala y, agrupados todos, aparecía el papel que

pasaba de mano en mano, mientras un individuo se llegaba al piano y para evitar que hasta los rumores fueran á hospedarse en oídos indiscretos y enemigos, tocaba una ó dos danzas habaneras, de esas que nos hacen estremecer porque á la vez acarician el corazón y la médula; que traen entre sus notas el eco de una tierra que sólo sabe sufrir porque sólo sabe amar; que respiran voluptuosidad, nostalgias y deseos... El pianista se posesionaba y seguía tocando, pero muy blandamente, cual si echara de menos las noches de su patria, estrelladas y tibias, ó como si su novia le dijera adiós desde las ventanas de su quinta.

Por lo común, las epístolas no satisfacían á nadie. "Estoy bien", "continuamos sin novedad", "cuídense mucho", eran los términos en que venían concebidas; queríase más, ansiábanse los detalles, las menudencias de la travesía clandestina, los pormenores del arriesgado desembarque. Sólo la esposa se conformaba, volvía á leer los apiñados renglones, los desvanecía con su llanto y este llanto contrastaba amargamente con la danza que moría en el piano.

Cuando no había noticias, mi visita duraba una hora y, al marcharme, la actitud de Luisa para conmigo variaba á un punto que casi me creía yo

correspondido. Teníamos una despedida afectuosa de veras; oprimíanse nuestras manos algunos segundos; la de ella, con coqueto abandono, la mía, con temblores de creyente. Después, llegábamos juntos hasta el recibidor, me abría ella misma la puerta y aún se colgaba por sobre el barandal para gritarme:

— Hasta pronto ¿verdad? hasta muy pronto!...

Salía yo tropezando en los últimos peldaños, desvanecido de esperanzas, ebrio de dicha. El eco de su voz y el perfume de su mano acompañábanme en mi regreso, que verificaba á pie, por las calles más solitarias, para evitar que el contacto humano me los arrebatara en un instante.

No sé quién me dijo en cierta ocasión que Luisa se casaba; sentí un dolor muy hondo, muy agudo, el que ha de sentirse á la hora de la muerte, y volé á su casa, sin fingimientos ni temores, resuelto á conocer toda la verdad. Y *ex abrupto*, delante de los que allí se hallaban, le pregunté:

—¿Es cierto, Luisa, que se casa usted?...

Prolongó ella mi martirio; ni afirmaba ni negaba tampoco; ¿quién me lo había dicho? ¿por dónde lo sabía? ¿por qué quería saberlo?

Y á mí que me parecía la cosa una monstruosidad, una de esas pesadillas que al despertarnos

nos adoloran todavía, su interrogatorio me volvió loco.

—¿Pero es posible, le agregué, que adopte usted resolución semejante?

Entonces mi dolor la hirió en su sensibilidad femenina y me contestó con la mirada perdida en los arabescos de la alfombra, la cabeza inclinada:

—No he de casarme nunca: yo sólo sirvo para un convento!

Mi pena se borró un punto; la amaba tanto, que como un rayo, pasó por mi cerebro la visión neta del claustro; percibí rumor de lágrimas, aroma fúnebre de cirios apagados y de flores marchitas, y maldije el convento.

El convento también quería disputármela.

*
* *

Los calores neoyorkinos, que allá se van con los del Senegal, nos obligaron á emigrar, á refugiarnos en algún punto balneario ó veraniego. Elegimos Bath, en Long-Island, porque reunía entrambas condiciones y, muy principalmente, por la abundancia de hispano-americanos. La comunidad de idioma es un poderosísimo elemento de atracción; se busca uno por instinto; cree-

mos encontrarnos con compatriotas, con amigos, y cuántos desengaños se cosechan!

Es este Bath un pueblecito como casi todos los de los Estados Unidos, es decir, una preciosidad. Sus calles enarenadas; defendidas las aceras por álamos corpulentos y rumorosos; bordadas por casas de madera, construídas al capricho, que respiran *comfort* y alegría; sus puertas y ventanas, medio asomándose por entre las trepadoras y las enredaderas, y en el jardincillo delantero, cual adorno adecuado al nido, algún niño encantador y rubio como un ángel bueno, que grita y corretea como un ángel rebelde. Todas las calles siguen lo mismo, con sombra amiga y agradables encuentros; ayas que empujan cochecitos, campesinos, señoras con grandes sombreros de paja; así se llega al correo, establecido en algún almacén de comestibles; á la peluquería, desde cuyas ventanas puede verse el ferrocarril, que arriba jadeante, como fatigado del viaje, al paradero mismo, en donde los lunes á la noche, hay música militar, helados y cerveza; y rumbo á la plaza, distínguese el muelle del pueblo, un muelle rústico, inmóvil, de maderos toscos, que parece haber convencido de algo trascendental á las embarcaciones que lo rodean, las que aprueban y vuel-

ven á aprobar con sus cabeceos, la misteriosa charla de las olas.

La casa en que nosotros fuímos á vivir, no podía estar mejor situada. El frente y un costado dando al campo; su parte posterior, al mar.

Unida á nosotros, vino la familia cubana por cuyo conducto había yo conocido á Luisa. Formábanla tres personas; una señora mayor, tía carnal de dos hermanos, Felicia y Juan que, en cuestión de años, no nos sacarían mucha ventaja á mi hermana y á mí. Nos instalamos según el sexo; las señoras en dos habitaciones y en otras dos, mi padre, Juan y yo. Por supuesto que en el comedor nos colocaron juntos, y sólo así pudimos resistir el insostenible silencio que es de buen tono guardar á las horas de comer en los comedores públicos de Norte-América. Pugna tanto con mi temperamento costumbre tal, que el primer día en que pude, me vengué de ella en la persona de una de las criadas que servían la mesa. Acercábase á cada huésped, desdeñosa y rígida, y nos soplaba al oído la pregunta sacramental é invariable de después de la sopa:

—*¿Roast-beef or roast-lamb?*

—A mí me servirá usted de los dos, le contesté en voz alta, y jamás volvió á preguntarme nada.